

ESTUDIO DE CASO

Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos

Bogotá, Colombia

“... se quiere mandar desde los escritorios pero nunca se ha estado en los territorios”
(Rosa Poveda Guerrero, 2014).

1. En las faldas de los cerros orientales, en el corazón de Bogotá

La Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos *GEAM* se encuentra en la ciudad de Bogotá, más precisamente en la Carrera 1ª Este 32-61 del Barrio La Perseverancia, localidad de Santa Fe. Geo-espacialmente se ubica aproximadamente en los 4°37'01"N 74°03'42"W a 2700 m de altitud¹, en zona colindante con la Reserva Forestal de los Cerros Orientales de la ciudad de Bogotá.

La Perseverancia tiene un clima un poco más frío que el promedio de la ciudad en razón a su ubicación sobre la ladera del cerro de Monserrate, el cual no oscila significativamente durante el año con una media anual de 15 °C y lluvias abundantes de marzo a mayo y de octubre a noviembre.

La lucha por la tierra de quienes caminan la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos, se ha enmarcado en el devenir de La Perseverancia; un barrio emblemático en la historia de Bogotá, que ha sido testigo y guardián de sus orígenes muisca, la llegada de la colonia, los albores republicanos y del crecimiento exponencial del capitalismo en la capital colombiana.



¹ Datos consultados 29-Jun-2014 en: Instituto Geográfico Agustín Codazzi. 2014. Mapa de geografía básica virtual. IGAC. Disponible en: <http://ssiglwps.igac.gov.co/ssigl2.0/visor/galeria.req?mapald=58>; Google Earth. 2014. Software gratuito. Google Inc.

2. Granja escuela agroecológica Mutualitos y Mutualitas, una apuesta por la recuperación de la tierra y la agroecología

La Granja Escuela Agroecológica Mutualitos y Mutualitas, es una experiencia de tipo familiar de acceso y retorno a la tierra, encabezada por doña Rosa Evelia Poveda Guerrero, mejor conocida como “Rosita”, o “Doña Rosa”, una mujer campesina de origen boyacense que llegó a la ciudad de Bogotá a la corta edad de 6 años, arrebatada de su cuna rural, en el municipio de Moniquirá, departamento de Boyacá. Quien después de mucho tiempo de estar luchando en Bogotá, conoció del lote en el barrio La perseverancia donde actualmente funciona la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos que en ese entonces era un basurero, lo comenzó a trabajar, sacando basura y limpiándolo.

Y así comenzó un proceso agroecológico con la producción de orgánicos, uso de semillas nativas y pronto se convirtió en un espacio de encuentro y minga, donde se enseña y comparte saberes en torno a la agroecología, a partir del trabajo comunitario o mingas, en las cuales participan muchas personas, entre ellas niños y jóvenes del barrio, jóvenes estudiantes, campesinos y todo aquel que ve en este proceso un lugar donde puede aprender y compartir experiencias en torno a actividades como la agricultura orgánica, la recuperación de semillas.

3. La GEAM una Minga de trabajo y aprendizaje

Doña Rosita y sus hijos, además de los cientos de personas que han colaborado en este proceso son el alma de la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos. Doña Rosita una mujer campesina de origen boyacense, junto a sus 3 hijos son quienes han iniciado este proceso y lo continúan liderando, sin embargo en este proceso han llegado numerosos colaboradores que han aportado en la construcción de la granja escuela agroecológica, gracias a las mingas que doña Rosita convoca, en las cuales se limpia y se saca basura, se trabajan los cultivos, se construyen las instalaciones de la granja, se aprende sobre semillas, se comparte la chicha y muchos platos típicos de la gastronomía del altiplano cundiboyacense.

4. Luchando por acceder y retornar a la tierra en medio de la gran ciudad

Como la mayor parte de lo que hoy se conoce como altiplano de Bogotá, La Perseverancia se ubica en territorios anteriormente habitados por los Muiscas, destacados orfebres y tejedores quienes basaron su cultura en el cultivo del maíz y variedades innumerables de tubérculos. En las faldas de los cerros sagrados de Monserrate y Guadalupe, se encontraba uno de los asentamientos nativos más importantes del país liderado por el Zipa, quien rendía ofrendas a los dioses del sol (*Sié*) y de la luna (*Chié*) con grandes festividades, animadas con chicha (bebida a base del fermento de maíz).

Durante la colonia, los Muiscas fueron expropiados y en su territorio se establecieron grandes haciendas de las congregaciones religiosas Jesuitas y Franciscanas que arribaron al continente. Poco a poco, en el altiplano se deterioraron e incluso extinguieron los humedales, huertos de maíz y flora nativa para dar paso a campos donde se cultivaban principalmente cereales de uso europeo, algunos tubérculos propios del continente, frutales de clima frío, potreros para ganadería y así mismo algunas flores ornamentales para el caso de las propiedades de los religiosos anteriormente mencionados.

Pasada la gesta de la Independencia, en el año de 1861, el entonces presidente de la República Tomás Cipriano de Mosquera implementó la política de la Desamortización de bienes de manos muertas consistente en la expropiación de los bienes de la Iglesia; y así, las haciendas de La Perseverancia y parte de La Merced, pasaron a manos del Estado en cabeza de la Junta General de Beneficencia y a Gregorio Pereira, síndico del Asilo de Indigentes Varones, entre otros propietarios privados como la familia Vega.

Desde ese momento Bogotá comenzó a recibir cientos de campesinos desplazados por la violencia de la Guerra de los Mil Días² y se comenzaron a construir las primeras fábricas de cerveza, cemento, vidrio y ladrillos. En el marco de estas transformaciones, en 1875 se decidió construir en la parte baja de la hacienda La Perseverancia el Panóptico de Cundinamarca –hoy Museo Nacional- y sobre la carrera 13 en 1894 las fábricas de la Cervecería Bavaria y del Buitrón de los hermanos Vega, que marcaron

² Bogotá pasó de tener 20.000 habitantes en 1810 a 100.000 habitantes en 1910, con un crecimiento marcado en la última década del siglo XIX debido al éxodo campesino producto de los fuertes enfrentamientos en las zonas rurales como consecuencia de las guerras.

nuevas arquitecturas para una ciudad colonial, donde hasta el momento solo conocía de Iglesias y modestas casas de bahareque³.

La llegada de las fábricas cambiarían para siempre las vidas de los habitantes de Bogotá. Leo Kopp, fundador de Bavaria, la fábrica de cerveza más importante de Colombia hasta nuestros días, decidió comprar las tierras a la familia Vega con el fin de asentar en cercanías a su empresa a los obreros y sus familias, ofreciendo créditos y destajos de los sueldos de los mismos para adquirir las casas. Originalmente, el barrio fue llamado Unión Obrera de Colombia en donde comunitariamente se construían las casas de bareque o ladrillo, las calles con piedras del río Arzobispo, la plaza de mercado, el parque y la Iglesia.

Mientras los hombres se dedicaban a la elaboración de la cerveza, las mujeres y los niños hacían capachos de juncos⁴ para transportar la bebida. No obstante, la cerveza parecía ser el centro de la vida social, en los solares de las casas era posible encontrar huertas con siembra del maíz, con el cual se hacía la ancestral chicha que divertía al barrio.

Durante la década de 1930, Unión Obrera de Colombia fue influenciada fuertemente por el ala más radical del Partido Liberal Colombiano y el caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, de quien se cuenta que visitaba las chicherías y conversaba sobre política con los obreros. Muchos de ellos aseguran que durante su estancia en el barrio, al que llamaba El Cinturón Rojo, se predijo su muerte y la caída de la oligarquía. El 9 de abril de 1948, obreros del barrio participaron del conocido Bogotazo, donde salieron a las calles a saquear e incendiar la ciudad en respuesta al magnicidio de Gaitán.

Luego de la fallida revuelta, el barrio retomó su nombre a La Perseverancia; en honor al caudillo liberal se levantó una estatua y se crearon varios grupos gaitanistas que reivindicaban su memoria. Por su parte, las clases dominantes bogotanas –entre estas la familia Kopp- reaccionaron al Bogotazo expidiendo el decreto 1839 del 2 de junio de 1948, el cual prohibió de manera oficial la venta y consumo de chicha, ya que según estos la bebida incitaría a la comisión de crímenes, incluso en años anteriores la ciudad se había llenado de afiches que aseguraban que el maíz fermentado embrutecía. Con la nueva ley, la policía allanó decenas de casas del barrio y condenó a la clandestinidad a la bebida tradicional, en fortuna de los empresarios de la cerveza.

³ Sistema de construcción de viviendas a partir de palos o cañas entretreídos y barro.

⁴ Capacho a un recipiente similar a la espuerta, fabricado con junco, mimbre, cuero, etc.

No fue sino hasta entrados los años 80, cuando la Asociación Comunitaria Los Vikingos, grupo de personas interesadas en recuperar la memoria colectiva sobre el barrio, logró que se reactivaran los grupos de trabajo comunitario y se lanzó el Festival de la Chicha, la Vida y la Dicha. A la fecha, dicho festival sigue siendo uno de los festejos comunitarios más importantes en la ciudad. De ese modo, la chicha que había sido perseguida por las élites y la administración bogotana, recobró en un espacio de organización popular la reivindicación de su identidad muisca y del resistir simbólico frente a la hegemonía que implantan los mercados bajo discursos civilizantes e higienizantes.

La historia de Rosa Evelia Poveda Guerrero, mejor conocida como “Rosita” o “Doña Rosa”, a la corta edad de 6 años cuando llegó a la ciudad de Bogotá, prácticamente arrebatada de su cuna rural, de un hogar de 11 hijos, en el municipio de Moniquirá, departamento de Boyacá. Como ella misma afirma, ese sería uno de esos tantos momentos en su vida en que ella se iría casi que acostumbrando “... (a) *que me trasteen, que me lleven de un lado a otro.*” En su llegada a la ciudad estuvo durante un tiempo en una estación de policía, lugar donde unas señoras la recogieron y luego le consiguieron un trabajo de empleada de servicio, cuando Rosita nunca había lavado un plato en su hogar. En ese trabajo estuvo más o menos un año y medio, hasta cuando conoció a la señora Alcira García, quien para ese momento trabajaba con LG2 y se la llevó. Fue así como Rosita comenzó a ir a los Liceos del Ejército a estudiar, aunque nunca tuvo inscripción formal en el colegio, recordando la sugerencia de su mamá de “... *no juntarse con los ricos, porque esos no hacen sino fregarle la vida a uno.*”

Desde ese momento y hasta los 17 años a Rosita la vida le da un giro inesperado ya que vive bajo otras condiciones teniendo y consiguiendo más de lo necesario, más de lo que debería tener, sobre todo en cosas materiales como lujos, vestidos y zapatos en excesos. Rosita para esos momentos pensaba “*esto es lo que no se debe hacer*” y hoy afirma “... *llegué a rebosar la copa porque sabía que mucha gente no tenía que ponerse y yo tenía todo eso.*”

Más adelante Rosita tomó la decisión de cambiar, de irse del lugar en donde estaba y donde sentía que “... *a pesar de tenerlo todo, a la larga no tenía nada, todo era pedido.*” Decidió entonces pasar a tener una vida normal. Aunque fue pasar de un extremo a otro: “... *me voy con un tipo que no tenía ni dos pantalones... un tipo que no tenía más que el día y la noche...*” y con ese personaje es con quien decide formar su primer hogar.

Sin embargo las expectativas de Rosita de nuevo se verían truncadas, cuando se da cuenta que su compañero de hogar es un hombre que viendo que ella trabaja y le va bien, no quiere trabajar e ingenuamente espera que Rosita esté toda la vida manteniéndolo, por lo que ella una vez más termina desplazándose, esta vez con sus hijos, huyendo de tener que alcahuetearle la pereza a otra persona. En su huida luego aparece otro compañero de hogar, pero lastimosamente de nuevo sucede la situación anterior con un compañero perezoso y por esto Rosita decide seguir sola con sus cinco hijos.

Posteriormente Rosita sigue trasladándose por diferentes partes de la ciudad. Unos años después consigue adquirir su propio lote en la localidad de Suba, al noroccidente de la ciudad pero tristemente justo en ese lugar fue donde más comprometida vio su estancia debido a que los problemas que la afectaban esta vez significaban amenazas de muerte en su contra, incluso con panfletos que llegaban a su casa firmados y/o patrocinados por grupos paramilitares.

De esta manera, Rosita se vio nuevamente obligada a buscar otro lugar, pero no se rindió como para vender lo que con tanto esfuerzo había comprado, ya que recordando en sus palabras “... *¿por qué los sanos nos tenemos que ir y los violentos sí tienen que seguir ahí como amos y señores del territorio? Por eso no vendí, ni he vendido.*”

No obstante, en su último desplazamiento obligado, Rosita sólo se marcha con sus tres hijos menores. Sus dos hijas mayores prefieren permanecer en la casa de Suba. Los tres hijos en orden de mayor a menor son dos hombres (Andrés y Mauricio) y una mujer (Rubí). Andrés, como el mayor de los tres que continuaron acompañando a su Mamá después de ese último desplazamiento, fue quien más le ayudó en un comienzo a organizar el predio en el cual vive actualmente.

Lastimosamente la luz de Andrés fue apagada hace algunos años cuando el 6 de enero de 2008, cuando él contaba con 21 años, y como en otros comienzos de año nuevo decidió ir a visitar a sus hermanas en Suba. Rosita no lo volvió a ver desde ese momento y los hasta el momento poco se sabe con certeza sobre lo que sucedió y que está en materia de investigación por parte de la Fiscalía General de la Nación. A Rosita le entregaron un cajón sellado supuestamente con el cuerpo de su hijo, pero aún faltan pruebas para confirmar que así fuera.

Después de ese acontecimiento fatal, se derrumbaron casi todas las fuerzas de Rosita. Duró meses decaída pensando en lo sucedido e incluso pensando en la manera como

podría llegar a vengarse de las personas que le habían hecho tanto daño, pero el empuje que ella misma inspira hizo que tanto sus dos hijos menores, como sus allegados/as le brindaran la fuerza para perdonar, mantenerse en pie y seguir luchando como lo ha venido haciendo hasta hoy. En palabras de una amiga de Rosita quien le diría para ese entonces algo así como “... *Doña Rosa, ¿usted cree que dejando de trabajar su hijo aparece?, ¿usted al dejar de trabajar, quitándole a otra gente la posibilidad de lo usted sabe, o lo que ha venido enseñando, su hijo aparece?*”

Mauricio, quien desde ese momento, se convirtió en el único hombre en el núcleo familiar de Rosita, junto con Rubí, son quienes han seguido acompañando a su Mamá en la ardua tarea de limpiar el predio, y si bien el tema agrícola no ha sido su inspiración, tampoco quiere decir que las enseñanzas de Rosita han sido desaprovechadas, así como ella lo manifiesta:

“A mis hijos no les gusta mucho esto, no les nace, pero de todas maneras han aprendido, porque como le digo, esto es de gusto, esto no es de obligar. Si no les gusta quizá algún día más adelante les llamará la atención, por ejemplo a Mauricio le encantan los pollos, él mismo los mata y los prepara, y entonces algún día dirá recordándome “mi mamá no compraba los animales, sino que ella los criaba”, y entonces algo de todas maneras va quedando en ellos”.

Así mismo, Mauricio se ha visto interesado por la construcción y en cada ocasión que en la granja se ha necesitado levantar alguna estructura, él siempre ha estado dispuesto a encargarse de las mayores tareas. Complementando en palabras de su mamá:

“... Mauricio se apura, trabaja bien conmigo, en el caso de las fresas él va y siembra, me ha tenido que ayudar muchísimo. Él sabe, no desconoce. Y al saber el día que le toque, y a veces le toca, y el hombre se enfrenta ya con la realidad, entonces yo sí creo que mis hijos, tanto Mauricio como Rubí son dos chicos que en su momento van a tener su finca y van a trabajar porque se van a dar cuenta que es mejor el campo que la ciudad”.

En este punto se juntan los caminos de la lucha por el acceso a la tenencia y uso de la tierra de la familia Poveda, en la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos y el devenir de los cerros orientales de Bogotá. Al asentamiento en los predios rurales colindantes con la vereda Monserrate, se le suma una apuesta política por la agricultura ecológica, la recuperación de las semillas nativas, la comercialización de productos locales como la chicha, los envueltos de maíz y tamales.

Luego del último desplazamiento que Rosita tuvo que enfrentar en Suba, estuvo un tiempo en Teusaquillo, donde de nuevo fue perseguida y decidió trasladarse a Usme

donde las persecuciones y amenazas pudieron ser olvidadas. Los hijos menores de Rosita desde ese momento ya se encontraban estudiando en la sede Primaria del IED Camilo Torres, en el barrio La Perseverancia que Rosita comienza a recorrer y en algún momento encuentra un gran lote abandonado, convertido en un basurero y que ella quiere cambiar:

“... me sueño ese lote, busco al dueño y lo encuentro para entrar acá y comienzo a limpiar acá, yo siempre me soñé una finquita pero no me imaginaba que esto era un basurero de 40 años”.

Desde ese entonces a través de mingas, donde en ocasiones se pueden llegar a convocar más de 50 personas, así como con la ayuda de las personas que han habitado en la granja, Rosita ha limpiado el terreno de tanto escombros y ha luchado por mantener cultivos ecológicos. Cultivos que se niegan a salir de su cotidianidad:

“Yo soy Campesina... siempre he tenido huerta, cultivo. Porque uno al ser campesino y querer el campo yo creo que eso nace con uno, eso no es tanto de aprendizaje sino que el amor a la tierra nace con uno. Entonces siempre he sembrado. Las Semillas que tenía eran de mi mamá y siempre he sembrado, he conservado y había regalado algún poco (de semillas) o que había prestado y cuando llegué a este lote las pedí y comencé a sacar nuevas semillas. Por eso ahora también se habla de las semillas viajeras, porque yo no sé si algún día me saquen de acá y me quede sin semillas; entonces hay un poco de amigos que tienen semillas de acá y si algo llega a suceder, que yo pueda ir y que me regresen semillas para poder continuar con el trabajo”.

El interés de Rosita siempre ha estado en que los más pequeños sean quienes reciban los intercambios de conocimiento y las prácticas que pueden hacerse en la granja y que así lo puedan difundir en sus propias casas y/o entornos. Respecto a la agricultura ecológica en la Granja, ella asegura:

“Lo importante es que la gente la conozca, que los niños y los jóvenes aprendan a transformar los residuos en pro del mejoramiento ambiental, que por lo menos ellos no sigan contaminando. Ahí sigo trabajando con los chicos, ahora también con los de Egipto (barrio). Que aprendan a sembrar sus propios Alimentos. Lo que el niño aprende ya no se le olvida; en cambio, a los viejos o jóvenes ya grandes ya no les interesa, a los niños les fascina embarrarse, lo que se les enseña acá”.

No obstante, como el barrio y la granja no solo son frecuentados por los más pequeños, también se ha llevado a cabo trabajo social. Rosita ha trabajado con las personas de Fronteras Invisibles en La Perseverancia. Ha montado varias huertas en el barrio (en un jardín, en el IED Camilo Torres Sede Primaria, en casas de vecinos) y también con personas del barrio La Paz, eso sí, Rosita siempre pone algunas condiciones, que para el caso de los delincuentes: “... yo no les cobro, les doy semillas y

demás, pero ellos no pueden seguir delinquiendo. Ahora estoy mirando la posibilidad de sacarles la libreta militar para que no tengan que pagar más que el plástico y hay una posibilidad de que puedan trabajar con desarrollo económico”.

5. La lucha por la legalización de la tierra

En cuanto al barrio, las primeras impresiones que Rosita tiene del entorno circundante a la granja no son las mejores, ya que lo que cualquiera se podría imaginar es que las personas aprovechaban el predio en abandono para verter todo tipo de residuos y concebirlo casi que de basurero barrial.

Con la llegada de Rosita al barrio han cambiado varias cosas. En un comienzo ella fue rechazada por algunos habitantes que la veían como una persona fácil de sacar del lugar y la atacaron tanto por seguir botando desechos en el lugar como por los hurtos que en varias ocasiones la afectaron. Rosita comienza a conocer más del barrio, del cual se entera que aunque fue un barrio netamente obrero, en algún momento comenzaron a robar a la gente y desde ahí se creó una cadena de delincuencia y de consumo de psicoactivos que irían degradando la imagen del mismo.

Afortunadamente la situación ha mejorado: *“... en la Granja se metieron unas 30 veces los ladrones hasta que le rompieron la cabeza a Rubí, casi la matan. Entonces yo ya no me aguanté y comienzo a hacer judicializar gente y se logró judicializar una persona”.*

Los delincuentes comienzan a pensar que *“esa señora sabe alguna cosa”*, porque estaban acostumbrados a que no pasaban más de unas noches detenidos por los hurtos, pero... *“cuando al hombre (que agrede a Rubí) le ponen 12 años, el hombre ya se toca y me buscan para que ayude a sacarlo pero yo les digo que no hay nada que hacer para sacarlo”.* De esta manera, Rosita crea respeto por su permanencia en el barrio y la gente ya sabe que el próximo que coja haciéndole daño lo hace judicializar también.

Adicionalmente cabe mencionar que la mayoría de las personas que llegan a la Granja tienen que pasar por toda la vía principal del barrio, la calle 32, por lo que prácticamente la presencia de cualquier personas que va allá es percibida por un buen número de habitantes del barrio. Un día Rosita subió con cinco campesinos del Putumayo, que andaban con botas de caucho, con lo que se comienza a correr la voz de que ella era guerrillera, tanto así que los ladrones se inquietan y van a preguntarle *“... oiga pero usted qué es lo que está haciendo, venga, enséñeme”.* Con esto Rosita les

demuestra que ella trabaja en la agricultura ecológica: *“... entonces me buscan para comenzar a trabajar juntos y ya la gente dice que no tengo miedo, porque cada quien quiere meter miedo haber a quién sacan corriendo... Aquí existe el susto de decir no es que aquí el que manda soy yo, porque yo he matado a tantos, entonces todo es por el camino del miedo”*.

En términos legales, actualmente está en proceso una demanda de pertenencia por parte de Rosita, quien desde 2003, cuando llegó al inmueble, ha habitado y ejercido como dueña del mismo. En un comienzo, ella se contactó con quien le habían dicho que era el dueño, el señor Carlos Enrique Sierra y posteriormente firmaron un contrato de comodato en presencia de un abogado, pero éste último dilató la firma y la perfección del contrato nunca se llevó a cabo.

Sin embargo, cuatro años después de que Rosita llega al predio de la granja, en 2007, se enteró que el verdadero dueño no es quien creía pero que tampoco aparece, por lo que su tarea pasa a ser encontrarlo y en su búsqueda terminan apareciendo dos dueños, Segundo Alejandro Acosta Zambrano y Danae Cruz Elorza de los cuales no ha podido contactarse con ninguno e ignora su paradero.

Por otra parte, además de la limpieza y buen uso del predio, Rosita cuenta a su favor con otras acciones, como lo fue el pago de capital debido y conceptos de mora para evitar la acción de un embargo sobre el predio que le fue notificado en 2009.

6. Avanzando en la construcción de la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos

Las reflexiones de Rosita recopilan distintas ideas, muchas que podría pensarse son ajenas a un proceso de agricultura ecológica, pero que en verdad trascienden mucho más allá y se integran en su día a día.

El mutualismo por ejemplo integra la construcción de “algo” a partir de aportes, de trabajo voluntario o de trabajo donde se remunera sin la necesidad de pagar con dinero. El trabajo en unión con otras personas fortalece las acciones, evita que una sola persona se sienta desprotegida o peor aún, sea tomada como ingenua y bajo tales condiciones se le impongan las decisiones de otros. No es raro que con tal de convencer, se maquillen las intenciones o se asuste a la gente nombrándole leyes que puede que ni siquiera existen. Y en caso de que haya dinero la idea es invertirlo de

buena manera, llegar a adquirir algo propio en lugar de seguir pagando arriendo por algo prestado. El problema es que como dice Rosita: *“cuanta plata llega la hacemos paseo, la hacemos fiesta, la hacemos refrigerio, la hacemos cualquier cosa, nosotros no ahorramos”*.

En el caso del Plan de Ordenamiento del centro de la ciudad hay muchos poderes que solo buscan el lucro sin tener en cuenta a quienes lo habitan. La manera más fácil de sacar del centro a sus habitantes es comprarles sus lotes por cifras que quizá nunca imaginaron llegar a tener en sus manos, pero con las cuales no podrán encontrar algo para vivir en condiciones similares a las que vivían antes, ni siquiera para satisfacer sus necesidades básicas.

“... ¿por qué yo me tengo que ir del centro? Yo no tengo que irme del centro. Listo, necesitan hacer edificios, pues hagan edificios, van a llenar el centro de edificios, hágale. Entonces este terreno es mío, entonces hagamos apartamentos para los que vivimos en el centro. Hagamos un bloque de apartamentos y un bloque de apartamentos, o sea de vivienda digna, que no nos vayan a hacer un cuchitril o una caja de fósforos, sino que nos hagan un apartamento de acuerdo a como tenemos nuestra casa. Espacios amplios, parques y que nos dejen vivir en el centro... ¿por qué nos tienen que marginar si toda la vida vivimos en el centro?”

Las alternativas no solo se dan en el campo de la vivienda, también en el campo de trabajo y alimentación para las personas. En varias ocasiones se le ha dicho a la Alcaldía que lo que se necesita es un Plan de Choque, pero como dice Rosita:

“... ese plan de choque tiene que estar bien diseñado. Diseñado es que no se van montar comederos sino que se van a montar Centros de Desarrollo Humano Integral. (Que le digan a la gente:) “Señora, ¿su mercé no tiene trabajo?, ¿sumercé no tiene qué comer? Listo, aquí se le va a dar almuerzo, pero que va a aprender”. (Continúa:) “Venga, ¿ya aprendió algo?, ya aprendió, aquí está el trabajo, ya no venga a comer más a este comedero porque allá usted tiene su trabajo y allá usted puede levantar para su comida”. Resulta que eso no funcionó como plan de choque. Resulta que así funcionó: “Mire si usted no tiene trabajo entonces tiene derecho al comedor”. (Entonces) La gente dice: “no consigo un trabajo porque... no me dan comida”, y volvieron a todas las personas -especialmente las mujeres jóvenes- zánganas, se volvieron drogadictas, de todo, perezosas... porque resulta que a medio día iban al comedor comunitario y (además de almorzar) decían: “si sobra algo yo me lo llevo para la comida”.

El proceso iniciado en la granja espera extenderse a otros territorios de la ciudad de Bogotá por cuanto trata de reivindicar el derecho al uso de semillas criollas en medio de un ejercicio de soberanía, autonomía y seguridad alimentaria. Si bien el proceso ha servido para romper las fronteras entre grupos de delincuencia común en los barrios de la zona centro, la propuesta es que las nuevas granjas hijas del proceso en

Mutualitas y Mutualitos permitan proteger el proceso de base, y desde la allí gestionar los recursos necesarios para cada grupo. En palabras de Rosita:

“... nosotros no podemos depender únicamente de la agricultura transgénica, no podemos depender de la importación de alimentos, que entonces es lo que estamos viviendo ahora. Esta es una oportunidad para llenar la ciudad de granjas escuelas agroecológicas y hacer visible un trabajo social desde la misma comunidad.”

En la generación de sustento para las personas que están en el proceso se propone la creación de un certificado de confianza que pueda hacerle peso a los certificados oficiales dominan el mercado de la comercialización. Sin embargo, es un proceso de mucho cuidado porque requiere que quienes están en el proceso no permitan que una sola semilla transgénica mate el resto de las semillas criollas.

“Ahora el problema de ser competitivos frente a la otra agricultura. Sí podemos ser competitivos, obvio. Entonces aquí nos están enseñando que primero hay que cultivar para la exportación o hay que cultivar para el intercambio o hay que cultivar para vender y no dejan ni siquiera, mejor dicho, los ricos los dejan para la familia. Mejor dicho, nosotros estamos enseñando que lo mejor debe ser para la persona que cultiva. ¿Por qué yo no puedo cultivar?, ¿por qué yo no puedo trascender a hacer cosas si estoy mal nutrida? Mejor dicho, la idea es que la gente aprenda primero que hay que consumir lo que uno produce y luego se le da al otro. Los excedentes son los que se pueden convertir en negocio, pero la gente convierte todo en negocio”.

Actualmente continúa la persecución a la siembra e intercambio libre de semillas criollas, pero lo paradójico es que existen instituciones oficiales e incluso universitarias que aseguran entregar semillas criollas o plántulas de estas semillas. De manera que la preocupación existe en si esos organismos en verdad le apuestan a la agricultura ecológica con semillas criollas, porque entonces serían ilegales, o si la apuesta a esa agricultura ecológica es con semilla contaminada y eso no se aclara en ningún momento, porque supuestamente como le dirían a Rosita “... a la gente no le interesa saber eso”.

Metodología de investigación

El Colectivo Agrario Abya Yala desde su conformación en el año 2009 viene acompañando el proceso de la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos como un proceso de reivindicación de soberanía, seguridad y autonomía alimentaria. Así mismo, se promueve el retorno y/o prevalencia de las raíces culturales campesinas de los habitantes de la ciudad, quienes en su mayoría son o descienden de

campesinos/as y se han visto desplazados/as de su territorio, dando lugar a procesos de urbanización sobre todo desde mediados del siglo pasado, producto del despojo, la industrialización, la extensión de los servicios y la precariedad de la economía campesina, entre otros.

También es una apuesta por generar un proceso de agricultura ecológica que se extienda por distintos lugares de la ciudad como complemento, opción o alternativa a las cadenas de suministro habituales, donde la intermediación es el proceso donde más pierden las personas que producen y que consumen los alimentos. En esta apuesta se promueve la conservación del modo de vida campesina libre del control de las grandes corporaciones de semillas y de agro insumos, por cuanto el incremento de productividad mediante el monocultivo industrializado no es sostenible a largo plazo de manera económica, ambiental o social.

La síntesis de la experiencia se realizó a través de visitas a la Granja, con entrevistas a la gestora e impulsora principal de los procesos, donde se destaca el actuar del proceso como facilitador de convivencia entre comunidades con conflictos, su papel en la conservación de semillas no modificadas, la propagación de ejercicios de seguridad alimentaria, la propuesta de un ordenamiento territorial más centrado en la dignidad de los seres humanos, la transmisión de técnicas de cultivo sustentables, así como los ejercicios de solidaridad y mutualismo donde cada quien aporta desde sus saberes.

Información complementaria:

Blog Granja Escuela Mutualitos y Mutualitas:

<http://ecoescuelamutualitos.blogspot.com/>

Artículo periodístico:

<http://www.eltiempo.com/bogota/mujer-cultiva-un-jardin-en-el-centro-de-bogota/14194427>

Créditos

De la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos:

Rosa Evelia Poveda Guerrero

Documento sistematizado por el Colectivo Agrario Abya Yala:

Isabel Colmenares (grabaciones y textos)

Marcela Rodríguez Guzmán (textos)

Felipe Castiblanco Álvarez (fotografías y textos)

Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos, Junio del 2014

Fotografías



Vista superior del predio de la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos GEAM (delimitación aproximada en amarillo), donde puede apreciarse con el ícono del sol de un Cedro Americano, como eje central del lugar. Basado en: Google Earth. 2014. Software gratuito. Google Inc. Adaptado por: Colectivo Agrario Abya Yala.



Rosa Evelia Poveda Guerrero



A la izquierda, fachada y vista general exterior de la Granja Escuela Agroecológica Mutualitas y Mutualitos GEAM; a la derecha “Rosita”, con su gesto habitual, serio pero sincero.



A la izquierda, interior a la entrada de la GEAM; a la derecha “Rosita” trabajando en la poda de un Sauco (*Sambucus nigra* L.)



A la izquierda, baño seco GEAM; a la derecha planta de brócoli (*Brassica oleracea* cul. *Italica*) al frente creciendo entre las rocas y al fondo zona de lavadero



A la izquierda, cultivos transitorios y perennes (arbóreos-arbustivos) en la GEAM ; a la derecha “Rosita” trabajando en construcción con guadua (*Guadua angustifolia* Kunth), planta conocida como el acero vegetal.



A la izquierda, cultivo de fresa (*Fragaria* x *ananassa*); a la derecha, invernadero al interior de la GEAM.



A la izquierda, uno de los perritos que han pasado como mascotas por la GEAM; a la derecha, corral de conejo en la GEAM.



Rosita continúa adelante con su hijos/as y su nietos/as

Linea del Tiempo

